

LA RECOMENDACION

abril 7/36 *Andrés* *Thore*

No recuerdo en qué autor francés leí hace tiempo que el verdadero régimen político de su país no había sido nunca la Monarquía, ni el Imperio, ni la República: había sido y seguía siendo "la correspondencia".

En España podríamos decir otro tanto y añadir a la correspondencia "el visiteo".

Creemos que ha cambiado, con la mudanza de sistema, la intimidad de las cosas y la verdad es que siguen iguales. Hay a veces evidentes en las alturas. No escasean las buenas iniciativas ni los propósitos excelentísimos, pero las entretelas continúan iguales. La banalidad, la inconsistencia, la palabrería vacua y los formulismos de campechanía continúan, igual que antaño, no ya invadiendo la vida pública, sino absorbiéndola y paralizándola.

Un ministro, un gobernador, un director general, un alcalde, no pueden estudiar nada, ocuparse seriamente de nada. El día entero queda consumido en pronunciar millares de veces las frases consabidas "vaya usted descuidado", "me ocuparé", "haré cuanto pueda", "no se preocupe usted" y en firmar, maquinalmente y sin enterarse, millares de cartas donde se repiten hasta el infinito las fórmulas eternas "tendré mucho gusto", "he tenido un sentimiento", "tenga usted la seguridad", "recomiendo con vivo interés", etc., etc.

Al acabar el día queda el alto funcionario derrengado, deshecho, loco, con los nervios rotos y la cabeza atontada. Y no ha hecho nada útil.

¿Acaso son provechosas para alguien esas balumbas de cartas y de visitas? ¿No se han enterado quienes las hacen y suscriben de que los ministros no leen las cartas y de que prestan a las visitas idéntica atención que al girar de un tío vivo? ¿No se dan cuenta de que hacen perder el tiempo perdiéndolo ellos también?

De cada mil visitas o cartas se puede hacer, sin riesgo de equivocarse, esta clasificación: cuatrocientas noventa y nueve son peticiones de destinos; cuatrocientas noventa y nueve son preguntas sobre la marcha de asuntos; dos se refieren a cosas de interés. Los destinos no existen para ser regalados a centenares, las noticias se obtendrían más rápidamente en los negociados respectivos. ¿De qué sirve abrumar al ministro—o a quien sea—con ese asedio verbal o escrito que sólo vale para que el peticionario pierda miserablemente el tiempo y el jerarca se coloque en el lindero del manicomio?

Pedir, influir, recomendar, apremiar, cohibir, son verbos deleitosos para la mayoría de los españoles. Y si resultan inocuos en cada caso concreto, vistos en conjunto son una verdadera llaga social. Porque lo que hay detrás de todo eso es la desconfianza para con la ley y los mo-

dos lícitos y la fe en lo taumatúrgico, en las fuerzas ocultas en el favoritismo, en las captaciones irregulares.

Claro que tan grave desviación moral no está falta de fundamento. Tantos años de nepotismo, compadrazgo y burla de la ley en los puestos de mando, han acarreado ese desmoronamiento social, esa incredulidad, ese apartamiento del camino real para frecuentar vericuetos y travesías.

Pero los políticos se han enmendado y el público no. Ya no hay credenciales a granel que se puedan repartir; ya no hay desenfreno arbitrario en el despacho de los expedientes; ya no se sienten los funcionarios esclavizados al jefe; leyes, reglamentos y ordenanzas tienen encarriladas las facultades del Gobierno y, por si fuera poco, los Tribunales de lo contencioso-administrativo corrigen constantemente las extralimitaciones de la Administración en cuanto agravan el derecho de los particulares. Se dirá que todavía hay abusos. Verdad. La casta de los políticos desaprensivos no ha sido totalmente exterminada. Mas ya no son sino la excepción llamada a destacar la regla general. Los tiempos actuales—dígase en buena hora—no se parecen a aquellos en que al llegar al Poder un partido se mudaba todo el personal, desde los gobernadores hasta los carteros y los guardias y en que no había verdadera Administración pública, sino una Administración liberal y otra conservadora.

Con ser tan evidente la mejora, subsiste todavía aquella sociedad de cesantes, de pedigüenos, de celestinas burocráticas, de hampones y de pretendientes, retratada por las plumas de Ramos Carrión, de Vital Aza, de Luis Taboada y por los lápices de Ortego, de Cilla y de "Mechachis". Se prefiere esperar del favor lo que podría conseguirse de la justicia, se cotiza más alto la influencia que la austeridad, se busca en las antesalas ministeriales lo que se encontraría mejor en las bibliotecas y los laboratorios.

Todavía hay algo más irritante. Los que atosigan al gobernante con sus visitas y sus cartas son los mismos que en el café y en el Casino le censuran y despellejan porque no es laborioso, porque no estudia, porque "no rinde" lo que debiera.

Importa que sobre esto reflexione la gente o tomen una actitud severa los políticos. Los tiempos son graves y hay que aprovechar los instantes. No es posible que se hable de hacer una nación nueva y se insista en los vicios más típicos de la vieja. Hay que terminar con aquella España baja de techo, con el cocido como plato nacional, con el escalafón como sueño dorado y con el servilismo y la mendacidad como instrumentos de acción.

Angel OSSORIO

